

Un galán con El Planeta bajo el brazo

El polifacético presentador de *Lo+Plus*, Fernando Schwartz, abre las puertas de su intimidad

No le han venido mal, por qué negarlo, una sonrisa que funde, una mirada azul que emboba, inteligencia y una elegancia que sería sospechosa de no ser un personaje de carne y hueso. Si en vez de en su despacho en los estudios de Canal Plus la cita tuviera lugar en cualquier local de Madrid, la tranquilidad sería impensable. Fernando Schwartz, 66 años, hijo de un diplomático, ginebrino, con un DNI que se le queda pequeño (Fernando Schwartz Pérez-Díaz García Rodríguez Fernández de Regueira-Girón), es, en palabras de su amigo Ramón Arangüena, “todo un personaje”. Desde los primeros recuerdos, la Viena de los nazis, hasta su último programa, una estrella especial ha estado presente en su vida. Es escritor, aunque también presentador, diplomático, licenciado en Derecho, editorialista, profesor, se considera buen padre, aunque para otros es mejor persona... ¿Un genio renacentista o un alma despistada?

Con este tipo de presentación no es de extrañar que Fernando Schwartz llegue a la entrevista con el paso firme, vista al frente, estilo seguro y retador aunque sonriente. Los desmesurados zapatos, el traje oscuro, así como una altura imponente presentan a un tipo con miedo a envejecer. Su conversación, que no sabe de prisas, enseguida denota un respeto y una inquietud intelectual hacia su trabajo poco usual en personas de su edad. Y mucha cautela. Quizá la que se siente jugando con éxito en terreno ajeno.

Aquella noche de 1996, una novela desconocida para el gran público, *El Desencuentro*, conquistaba el Premio Planeta; el niño criado en Viena había cumplido uno de sus sueños: Ser escritor. El bombero frustrado se había hecho un hueco en la literatura castellana; las historias que contaba a Pedro, su hermano mayor, ya podían ser leídas por el público mayoritario. No fue un libro muy elogiado por la crítica que le tachaba de no tener tirada, “pero estoy en una nómina donde están Camilo José Cela y Vargas Llosa; a nadie se le ha ocurrido ponerles verdes y ambas novelas eran muy malas, ninguna de las dos vendió casi nada”. La cuantía y el marketing de este premio le han otorgado el don de publicar todo lo que escribe, hasta llegar a sus 17 novelas. Desde las elites literarias hasta los guetos en donde las letras carecen de importancia, su obra es conocida por todos. “Hay gente que compra sin saber leer. Una vez estuvo un albañil en mi casa haciendo unas obras: *Usted, usted es famoso. Usted ha ganado el Planeta. ¡Pues sí hombre! Le tengo yo en casa en la biblioteca; es más, le tengo dos veces. Yo no sé ni leer ni escribir, pero me compré dos colecciones del Planeta enteras y las tengo puestas en mi casa y hacen muy bonito; una de lomo verde y otra de lomo blanco. Hay para todos los gustos*”, recuerda con simpatía Schwartz.

Vida en la pequeña pantalla

Son las 15:30. El plató está preparado, las luces encendidas, el guión sobre la mesa, los músicos dispuestos a tocar sus primeros acordes; Schwartz lleva más de diez minutos en su silla. Una nueva edición de *Lo+Plus* se masca en el ambiente. Eduardo Noriega y Anna Mouglalis, una actriz emergente del cine francés, aparecen por el pasillo de entrada

mientras el público les recibe con un sonado aplauso. Un programa más que añadir a la lista de Fernando Schwartz. Sesenta minutos de diversión pagada.

Los más de 500 invitados anuales que han pasado por la pequeña pantalla durante ocho temporadas dan para mucho. En la mesa de entrevistados han sufrido sus preguntas personajes de la talla de la actriz Jodie Foster; el filósofo Fernando Savater; José Saramago, Nobel de Literatura; o el ex presidente socialista Felipe González. También fenómenos efímeros como los *Chicos de Operación Triunfo*, boom social que ha salpicado hasta los ámbitos más herméticos de la cultura española.

La omnipresencia de Marilyn Monroe se hace patente a primera vista, varios pósters y cuadros ocupan el lugar idóneo dejando apenas un breve resquicio al blanco natural de la pared. En una esquina, un premio Ondas que parece desempolvado a manos de una de las maquilladoras, como recibido el día anterior; en el rincón opuesto, más de un centenar de libros respetan un riguroso orden ascendente: *Sefarat*, *Cien años de soledad*, *Campos de Castilla* o un par de biografías de la diva americana que abren paso a alguna de sus obras. Ningún detalle queda abandonado en manos del azar; sus armas de escritura descansan hasta una nueva batalla y, enmarcada, una vieja caricatura recuerda épocas pasadas. Todo parece tener cabida en este habitáculo; un solo requisito: el orden. A pesar de la inusitada armonía, el responsable del control busca sin éxito el distintivo que le acredita como socio de honor del club de fans de Chenoa...

“Fernando es el contrapunto serio del programa. Aporta su saber estar y su experiencia, sabe tratar a cualquier tipo de invitado, y su ironía es necesaria”, expresa Arangüena. La vida de este trotamundos llega cargada de vivencias. Contempló en primera fila el desfile de los nazis en la Austria anterior a la Segunda Guerra Mundial y fue testigo directo de la catástrofe que provocó 13 muertos en el Ulster. Los 25 años como diplomático le han otorgado la posibilidad de descubrir lugares tan dispares como Holanda y Kuwait, y de conocer personas de la talla de la reina Beatriz de Holanda o del ex presidente francés Mitterrand. Pero siempre queda gente por conocer; Mandela, para Schwartz el hombre del siglo XX, aún no ha tenido un cara a cara con el experimentado presentador.

Un seductor maduro

Fue Máximo Pradera, antiguo compañero de programa, quien le bautizó con el seudónimo de *abuelo*. Los años no pasan en balde y por eso decidió abandonar su labor como diplomático: “Estaba envejeciendo prematuramente y no necesitaba seguir haciendo un trabajo que iba a acabar conmigo, no me apetecía tener todos los días una arruga nueva en la cara”. Para ser un hombre de su edad sigue siendo divertido y elegante, una de esas personas que, como comenta Ángela Marín, productora de *Lo+Plus*, con el paso de los años no ha perdido un ápice de interés. Ha tenido mucha suerte en la vida, de su decisión más difícil, dejar la diplomacia para escribir editoriales, nunca ha tenido posibilidad de arrepentirse. Prueba de ello es que no le importaría volver a revivir su historia. Ahora vive como nunca: es libre, feliz y se divierte, que a estas alturas no es poco.

La guerra le entristece y no desaprovecha la ocasión para criticar a los dirigentes que, en su opinión, han propiciado este genocidio humano: “Aznar es el peor hombre del mundo, ni la mitad que Bush, pero Bush es bobo. Aznar está empeñado en la batalla de conseguir ser el hombre más importante y lo pretende conseguir vendiéndose a Bush”. Al contrario que el dirigente español, no tiene precio, considera que no hay dinero suficiente en la televisión española para pagarle.

Guapetón de ojos azules, atractivo por los cuatros costados o sexy de pies a cabeza son algunos de los comentarios que se pueden leer en el chat de la página oficial de Canal Plus. Y es que, como asegura su compañero y amigo Ramón Arangüena, siempre ha tenido mucho éxito con las mujeres. El sexo femenino, al que considera lo más agradable, exigente, divertido y sensible que se puede tener, juega un papel importante en su vida; algo que no se olvida de reflejar en su obra. Los protagonistas de sus novelas son amas de casa, adolescentes cautivadoras, ancianas entrañables, o heroínas en busca de aventuras imposibles. Todo un mundo fantástico basado en la mujer, su gran pasión.

Adiós a los años mozos

Fue con su primer amor verdadero cuando la vida dejó de ser una broma. Ya no había sitio para los partidillos con los amigos, el fútbol cambió de traje. Dejó de practicar este deporte para sufrir en el Vicente Calderón. Las rayas rojas y blancas que lucía su corazón no le daban excesivas alegrías. Buscó la diversión lejos de Madrid, en un pequeño yate anclado en Puerto Banús, Marbella. Pero todo hombre es vanidoso y ahora se le queda pequeño.

Y si de lo que se trata es de conquistarle nada mejor que un par de zapatos elegantes. Aunque regalos no le faltan, “algunos muy buenos”, recuerda con la mirada perdida muy lejos de su despacho.